



Seguiré tus pasos Care Santos

DESTINO

Seguiré
tus pasos

Care
Santos

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1491

© Care Santos, 2020

© Editorial Planeta, S. A. (2020)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

© Raval Edicions, S. L. U. (2019)

Primera edición: marzo de 2020

ISBN: 978-84-233-5719-2
Depósito legal: B. 1.922-2020
Preimpresión: Pleca Digital, S. L. U.
Impreso por CPI
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El pasado no está muerto.
De hecho, ni siquiera ha pasado.

WILLIAM FAULKNER

... porque las guerras civiles no terminan nunca.

SEBASTIÀ JUAN ARBÓ

En cada puerta se cierne el interrogante de una
vida hermética y extraña.

CONCEPCIÓ G. MALUQUER

Una mujer
sube una
escalera

Una mujer sube una escalera. Declina la década de los ochenta y se encuentra en Barcelona: barrio de Gracia, calle Verdi, la casa está en la esquina con la calle del Rubí. Ha llegado hasta aquí para cumplir el encargo de una amiga querida que vive lejos. Buscaba una tienda de comestibles que había en el bajo, pero en su lugar ha topado con una zapatería. Ha regresado dos veces hasta conseguir hablar con la dueña, porque cuando preguntó a la dependienta no le supo decir nada. Buscaba a Cristina Bermúdez, la propietaria de la tienda de comestibles que antes había en este local. Hoy ha sabido que hace unos meses la tienda se vendió, pero que la anterior propietaria ha conservado el piso, que está justo encima. Por eso la mujer sube la escalera, que es estrecha y blanca. Lleva una carta para Cristina Bermúdez.

Llama a la puerta del primero y sale a abrir una chica joven —le calcula quince o dieciséis años— y rubia.

—Hola, reina. ¿Puedo ver a tu madre?

—¿Cómo sabes mi nombre? —pregunta la joven.

—No lo sé.

—Acabas de decirlo.

—No. Solo he dicho «Hola, reina».

—Otra vez.

—¿Te llamas Reina?

—Voy a avisar a mi madre. ¿De parte de quién le digo?

—Dile que soy Ilda y que le traigo una cosa.

Y la chica desaparece en el interior del piso cerrándole la puerta en las narices.

Un par de minutos después la puerta se abre de nuevo y comparece una mujer joven, más bien bajita y poca cosa, pero bonita de cara, que debe de estar en la treintena. Ilda no esperaba que fuera tan joven. Piensa que si lo hubiera sabido se habría arreglado más.

—Soy Cristina, para servirla —dice como si estuviera aún tras el mostrador de la tienda. Sonríe por cortesía pero no se aparta del centro de la puerta, que la enmarca completamente. La muchacha rubia está escondida a su espalda, espiando la escena.

—Le traigo esto de parte de una amiga. —Ilda saca algo de su bolso y se lo entrega.

Cristina observa la carta con curiosidad. Lleva su nombre escrito con tinta azul en el sobre. Lo voltea para ver el nombre del remitente. «Mercedes Saltor. Conques.» Tarda un poco más de la cuenta en leer tres palabras. No hace ningún gesto, no deja entrever ninguna emoción. Extiende el brazo y le devuelve el sobre a la emisaria.

—No me interesa, gracias. —Ya no sonrío.

Ilda, sorprendida por la reacción, trata de convencerla.

—La persona que se la envía es de total confianza. La conozco muy bien.

—Muchas gracias, pero no quiero saber nada —dice Cristina.

—Me consta que contiene noticias importantes que usted debería saber —añade Ilda—. Quédesela. Ya la leerá en otro momento.

Cristina continúa con el brazo extendido. La carta no es de nadie.

—Nada de lo que venga de Conques me puede interesar, señora —dice—. Llévesela, por favor. Siento que haya hecho el viaje en balde. Y ahora, si me perdona, tengo algo en el fuego.

Y cierra la puerta.

Ilda espera un momento sin saber qué hacer. Se pregunta si debería llamar de nuevo. Adivina que no servirá de nada.

Baja la escalera, se queda un rato mirando el escaparate de la zapatería donde antes había un colmado y después se va caminando lentamente por la calle Verdi, a casa, donde nada más llegar escribirá a Mercedes para decirle que no ha podido cumplir su encargo.

Punto negro

I

De noche se alargan los caminos. Y las preocupaciones.

Pasado mañana es Fin de Año. Reina ha salido de Barcelona justo después de comer. Cuando ha parado en el área de la autopista a llenar el depósito y tomarse un café, ha aprovechado para llamar a Sam y le ha dicho:

—Con qué gusto daría la vuelta.

Y su marido, taxativo como de costumbre, le ha respondido:

—No lo haces porque no te da la gana.

Este viaje ha ido a repelo desde el principio, incluso antes de despedirse de Sam y de Alberto y de escribir en el navegador: Conques, Lleida. Mucho antes de decir en voz alta para convencerse a sí misma:

—Venga, que mañana estoy de vuelta.

Ha puesto en marcha la radio para animarse. Pero ni la música consigue apartarla de sus pensamientos. No acaba de saber a qué va. Qué se le ha perdido tan lejos de casa.

Se ha visto obligada. Eso le ha dicho a Sam. De acuerdo, pero ¿obligada por quién? ¿Por un historiador medio zumbado con el que ha hablado dos veces por teléfono? ¿Por su conciencia? ¿Solo es curiosidad? ¿O ganas de entender lo que nunca entendió?

Las carreteras son mejores y están mejor asfaltadas

de lo que había imaginado. Apenas hay tráfico. El viaje es tranquilo. Sin proponérselo, se pregunta cómo debía de ser hace más de cuarenta años, en un Seat 127 y por las vías de entonces. Debía de hacerse eterno.

No recuerda cuánto tardaron aquella única vez, la primera y última en que visitó ese pueblecito leridano. Era muy pequeña. Solo cinco años. Hicieron el viaje en autobús ella, su madre y la tía Aurora. La tía siempre contaba que la niña se había dormido al salir de Barcelona y no se había despertado hasta llegar al pueblo. Todo el tiempo con la cabeza sobre su regazo. El recuerdo de su tía la entristece. Aún la echa de menos. ¿Cuánto hace que no sabe nada de ella? Desde que la tía y su madre se pelearon o lo que fuera.

—Yo no me peleé con nadie —solía decir su madre como para dejar las cosas claras, para remarcar las diferencias: la tía se peleaba, ella no.

La culpa había sido de Aurora, no suya. Era Aurora la que había fallado. Fue Aurora la que no había estado a la altura. El caso era que habían dejado de hablarse hacía... ¿cuánto? Ya ni se acordaba. No conocía los motivos, solo que algo tenían que ver con Remigio, el marido de la tía Aurora. Según su madre, un avaricioso y un presumido que solo era capaz de sentir amor por el dinero y los bienes materiales, porque lo demás se la traía al paio.

De aquella noche de hace tantos años Reina recuerda que vio llorar a su tía. La impresionó mucho, porque era una mujer fuerte, que nunca se venía abajo. También recuerda que la dejaron sola en una casa llena de sombras y que pasó mucho miedo. Y recuerda a un cura que gritaba y que la asustaba con sus gritos. Imágenes dispersas que han sobrevivido en su memoria después de cuarenta y tres años.

Esta mañana han dicho en la tele que habría niebla

en la Cataluña central. No había vuelto a pensar en ello. Pero al pasar Comiols, el aire comienza a espesarse. La carretera tiene bastante pendiente y la visibilidad es cada vez más reducida. Para la radio. Necesita concentrarse en el camino. No está acostumbrada a conducir en estas condiciones. De pronto la blancura empieza a adelgazar y poco a poco desaparece. Necesita la compañía de la música. Conecta la radio. La voz de Freddie Mercury la hace sentir mejor al instante. «Quiéreme como si no hubiera mañana», dice la canción. Un rótulo anuncia a la derecha la presencia de un mirador.

Decide parar y darse un respiro. El paisaje es una maravilla y merece ser observado con calma. Baja del coche, respira el aire helado. Busca el móvil para hacer la foto de rigor. Enfoca, dispara. Dos veces, porque la primera se ha colado en la instantánea un vehículo que circulaba por la carretera y que le ha estropeado la postal. Supervisa el resultado de la segunda: perfecto. El momento ha quedado ya almacenado junto a las 2.724 fotos que lleva en el móvil y que seguramente no va a volver a mirar, ni ordenará ni dentro de un tiempo encontrará por más que las busque y, por tanto, acabará olvidándose de que están ahí.

Un manto de nubes doradas cubre el valle por completo. El sol declina pintando el mundo de colores intensos. Hace frío. El indicador de temperatura del coche marca apenas dos grados. Durante unos minutos deja de lado las prisas y contempla el camino del sol, más rápido de lo que esperaba. Siente nostalgia de la soledad sin angustia de otros tiempos.

Regresa al coche, consciente de que no debe entretenerse mucho, se está haciendo de noche. Los días en esta época del año son cortos y quiere llegar antes de que anochezca. De modo que regresa al camino, se zambulle de nuevo en la niebla. En apenas unos minutos no ve nada.

Se quita las gafas de sol, las deja sobre el asiento del copiloto, junto al móvil. Nadie circula por aquí. En todo el camino solo se ha cruzado con media docena de vehículos. Le gusta viajar así, sin estorbos.

De pronto se da cuenta de que no suena música y alarga el brazo para pulsar el botón de la radio. Un gesto brevísimo, que ha repetido tantas otras veces. A partir de ahora, formará parte de una secuencia que su memoria repetirá una vez y otra, sin tregua.

No sabrá al evocar este momento cuánto tiempo apartó la mirada de la carretera. Quizá medio segundo, uno, menos. De pronto lo ve. Como un fantasma salido de la nada. Solo cuando está sobre él se da cuenta de que es un animal, quizá un ciervo, o un jabalí, no lo ve demasiado bien. Gira con violencia el volante, pisa a fondo el embrague y el freno. Es una curva umbría, escarchada, peligrosa. Un punto negro en el camino.

Siente primero un golpe seco, seguido de un acelerón. El coche gira y tropieza con algo metálico, duro —una señal de tráfico, pero lo sabrá mucho más tarde—. El coche se encarama con fuerza al talud que limita la carretera.

Se aferra al volante con fuerza. Recorre una distancia que le parece interminable con medio coche rodando de costado, hasta que en la misma montaña una roca grande la detiene con tal violencia que se abren los dos *airbags* delanteros. Se hinchan con el ímpetu de un puñetazo y enseguida se marchitan. El vehículo queda ahí, con dos ruedas encaramadas al talud y las otras dos encajadas en una acequia de la cuneta. La niebla la rodea como un velo. Está en algún punto de la carretera C-1412b entre Isona y Benavent. Le galopa el corazón. En su cabeza solo un pensamiento: está viva.

2

Está viva. Amarrada con el cinturón de seguridad, con dos *airbags* desmayados encima y encaramada a un talud de una carretera secundaria, pero está viva. Le palpita el corazón en la garganta. Respira demasiado fuerte y demasiado rápido. El silencio se espesa como la niebla. Extiende un brazo para apagar el coche. Le parece que sus movimientos son más lentos, o quizá es el mundo el que ahora gira más despacio.

Intenta una primera evaluación de los daños: pies, piernas, caderas, columna, brazos, cervicales. Está todo en su lugar. Puede moverlo todo. No hay heridas, ni sangre. Le duelen el hombro y la clavícula del lado izquierdo, seguramente por el tirón del cinturón de seguridad. Sí, pero está viva: no puede dejar de repetírselo. En la carretera no hay nadie. Ni rastro de faros de otros vehículos, ni delante ni detrás. Tampoco ve el animal con el que ha tropezado. La niebla lo cubre todo. Esta soledad es la más intensa, pero también la más inaudita, que ha conocido nunca.

Debería tomar decisiones. Primero, pensar si corre peligro dentro del coche. Su profesora de autoescuela decía que los vehículos accidentados solo se incendian en las películas, pero tal vez eso era antes, porque hace mucho que se sacó el carnet. He aquí la oportunidad de

averiguarlo. También querría saber si corre peligro de que otro vehículo la embista estando aquí detenida, si las luces de emergencia que acaba de encender son lo bastante visibles. No puede abrir ninguna de las cuatro puertas del coche y, aunque pudiera hacerlo, no se ve capaz. El talud bloquea el lado derecho y el izquierdo reposa sobre la carretera. Quizá podría, si hiciera un esfuerzo, escapar por detrás. Se voltea un poco para valorar esa posibilidad y descubre en el interior del coche un destrozo de cristales rotos y vegetación.

El bosque ha irrumpido dentro de su espacio, lo ha llenado de hojas, tierra y musgo. Se ha roto la luna de una de las ventanas traseras. En el suelo encuentra la botellita de colonia que le gusta llevar en el bolso. Busca el bolso para guardarla y no lo encuentra. Tampoco el móvil ni las gafas. Solo sabe que todo estaba encima del asiento del copiloto. Por lo menos cuando el coche aún conservaba su posición horizontal.

Tiene el susto pegado al alma y tardará en pasársele. La oscuridad empieza a llegar. ¿Debería llamar a Sam? Mejor no. Lo hará después, cuando pueda hablar en pasado de todo esto y no asustarlo más de la cuenta. De momento, a quien debería llamar es al servicio de emergencias. El móvil, necesita el móvil. Se esfuerza en encontrarlo. Lo revisa todo, teme que haya salido volando por la ventana rota. Se arrastra entre los asientos para tantear con la mano y se clava una esquirla de cristal en la palma. Finalmente da con el aparato a sus pies, en un rincón, medio escondido bajo el embrague. No recuerda que el coche haya efectuado movimientos tan bruscos como para mandarlo allí, pero es evidente que los ha debido de hacer. Recoge el teléfono, comprueba que funciona —¡se ilumina!— y marca el número de emergencias.

Intenta contar con claridad lo ocurrido. Lo que re-

cuerda y lo que le parece. Le cuesta ordenar sus pensamientos, dejar que fluyan las palabras. Ha tropezado con un animal. ¿De qué tipo? No lo sabe. ¿De qué tamaño? Mediano. No, no, tal vez grande. No, más bien mediano. ¿Cuántos viajaban dentro del coche? Ella sola. ¿Está herida? No. ¿Está atrapada en el vehículo? Atrapada sí, pero ilesa. El coche ha quedado de costado, no puede abrir las puertas. ¿Cree que tiene algo roto? No. Se encuentra bien. Solo tiene un porrazo en el hombro.

Le piden que se identifique. Pronuncia ristras de números. Documento de identidad, teléfono, fecha de nacimiento. Le preguntan dónde está. En algún lugar de la comarcal que va a Conques, pasado Benavent. Ya casi había llegado a su destino. Han activado el protocolo de emergencias, le dice una voz de hombre. Han avisado a los bomberos, a la ambulancia y a los Mossos d'Esquadra. En cuanto puedan irán para allá, valorarán la situación, la sacarán del vehículo. Es importante que conserve la calma y que los espere despierta. Ya se dan cuenta de que es muy valiente, y ahora conviene que lo sea un poco más. Un último detalle. Debería confirmar que se encuentra en la carretera C-1412b.

Reina no lo sabe. Tal vez sí, porque le suena. Debe de ser esa.

Contesta apresuradamente, nerviosa. Podría mirarlo en el navegador, que tal vez aún funcione. La voz le dice que no hace falta, que pasa el aviso. Enseguida vendrán a ayudarla, repite. Si necesita algo antes de que lleguen, le recomienda que llame otra vez. Le dice que también ellos la llamarán, para que no se sienta sola. Que no tema nada.

Contesta que no, no tendrá miedo, pero nada más colgar siente pánico. Empieza a hacerse de noche. Por esta carretera no pasa un alma. Llegarán pronto, ya deben de estar de camino, no pasa nada, todo irá bien,

tiene que calmarse, podría haberse matado, pero está viva, esperando ayuda, solo debe tener paciencia, calmarse, respirar despacio, pensar en algo que le guste. Le parece que escucha un motor. Pone atención.

Suena muy bajito. No, no hay nada. ¿O tal vez sí? Quizá solo se lo imagina. Tiembla. Necesita pensar en algo positivo.

La única cosa que le viene a la cabeza es: «No debería haber venido».